

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

LO DE MEXICO

La intervención americana

La perspectiva de una guerra inmediata entre Méjico y los Estados Unidos, deja desamparados de actualidad á los mil españoles de Torreón, despojados de sus bienes por el general revolucionario Pancho Villa y quizás en peligro de muerte la mayoría. ¿Qué será de esos compatriotas nuestros, vayan los mejicanos á la guerra contra el coloso de América ó se dobleguen á las exigencias de Wilson? Y los miles y miles de españoles que hay en Veracruz, Tampico y Mazatlán, ¿dónde encontrarán un refugio, cogidos entre dos fuegos, expuestos á servir de blanco á los cañones yanquis y expuestos también á que los nativos del país descarguen sobre ellos su furia y su odio al extranjero?

No se nos oculta que los españoles residentes en Méjico han deseado la intervención norteamericana como un medio desesperado de volver á la paz del país. Como recordaba oportunamente el general Concas en un bien razonado artículo sobre este asunto de Méjico, *il n' y a plus Europe en América*. Tácitamente aceptada por todos la doctrina de Monroe, *América para los americanos* (los americanos son los yanquis, únicamente los yanquis), se ha convenido en que los Estados Unidos pueden hacer y deshacer á su antojo en el Nuevo Mundo, creando ó suprimiendo nacionalidades, destruyendo leyes, fomentando revoluciones, y este quiero este no quiero, ir imponiendo á cada país el gobierno que más le convenga á Washington.

Convengamos en que los españoles residentes en Méjico se han llevado chasco. Todavía tenemos los españoles demasiada buena fe para enterarnos á tiempo de ciertos escarceos de la política internacional norteamericana. Todo este alarde de fuerzas navales que están haciendo los Estados Unidos para meterles á los mejicanos el corazón en un puño, no va contra Méjico (bien claro lo ha dicho Wilson: *Méjico es un país de amigos*) sino contra ese cabezudo del general Huerta, que se aguantó en la silla presidencial con indomable porfía y contra viento y marea.

De suerte, mis queridos compatriotas del país de Anahuac, que ahí no hay más sino que Wilson suma sus fuerzas colosales á las revolucionarias de Carranza y Villa, desembarcando en Veracruz con canana y *jarano galoneado*, es decir, vestidos los yanquis á la ranchera.

No es un gesto hermoso de una gran nación, ¿pero quién negaría que puede ser un hermoso negocio? Hay que ganar tiempo, porque *the time is monney*, y en la Casa Blanca como en cualquier casa neoyorquina ó chicaguense, lo más importante es el *business*. El mismo Huerta, tan táctico, tan marrullero, como viejo soldado, ha tenido una candorosidad de niño al suponer que todos los mejicanos, federales y constitucionales, marcharían unidos contra el extranjero invasor. ¡Sí; á la otra puerta! Carranza y Pancho Villa, que ya esperaban estos *refuerzos* del Norte, han dicho que ellos se mantendrán neutrales si los norteamericanos no invaden sus dominios. Carranza y Villa están en el Norte y los yanquis van á comenzar el ataque por el Sur, de suerte que más claro ni el agua de los manantiales que tanto abundan en el hermoso país de las glorias de Cortés.

Recorramos rápidamente, en un solo párrafo, la conducta observada por los Estados Unidos desde la caída de Porfirio Díaz. ¿De dónde sacó Madero los cuartos para hacer la revolución? La casa de la familia Madero era una casa fuerte de Coahuila; pero se lanzó Madero al campo poco tiempo después de haberse propalado el rumor de una quiebra inminente de los Estados Unidos, pasando y repasando el Río Grande con sus compañeros, y nunca les faltaron á los revolucionarios armas, municiones ni abundantes dólares. Madero y el gobierno de Washington estuvieron siempre á partir un piñón. Triunfó Madero y se vino Porfirio Díaz á Europa; pero después se enredaron las cosas al descubrir el pueblo mejicano el pastel maderista, y con la ayuda de Félix Díaz, Reyes, Mondragón y otros generales que habían servido al viejo Porfirio con lealtad, Huerta alcanzó la presidencia de la República.

Los Estados Unidos no reconocieron el Gobierno de Huerta. ¿Por qué? Huerta había sido llevado á la presidencia por el ejército y sin que el pueblo protestara; prometía continuar la política de Porfirio Díaz, que mantuvo el país en paz durante cerca de medio siglo. En Washington se dijo que no y que no, y otra vez los Villa, los Zapata, que se habían estado en Tejas, es decir, en territorio norteamericano, esperando los acontecimientos, pasaron la frontera bien armados, bien equipados y dispuestos á reanudar sus proezas. Y desde entonces acá, venga fusilar gente, y volar trenes con dinamita, y despojar á los españoles de sus propiedades y atentar contra el pudor de mujeres indefensas y hacer

las mil y una atrocidades que ha ido enumerando el cable en los periódicos.

Y ahora, cuando es ya inminente la intervención, ¿van los Estados Unidos á desembarcar su tropas en los puertos mejicanos para defender la vida de los extranjeros? ¿van á intervenir en nombre de los sentimientos humanitarios? ¿van á detener el incendio, y el asesinato y la violación? No; van á sentarle la mano á Huerta por haberse negado á arrodillarse ante la bandera norteamericana y á pedir perdón porque en Tampico, estando la ciudad sometida á la ley marcial, se detuvo á unos marinos yanquis y se les indicó, con muy buenos modos, la conveniencia de que volviesen á embarcarse. ¡Y los revolucionarios han asesinado otras veces á compatriotas de Wilson sin que el gobierno de Washington haya dicho ni pío y sin que se resistiera ni poco ni mucho la susceptibilidad del tío Sam!

Ya tenemos, pues, al coloso secundando la campaña carancista, que tan caras le ha costado á los españoles radicados en aquel país, y declarándose amigo de ese precioso ejemplar de bestia humana que se llama Pancho Villa. ¡La dignidad de los Estados Unidos! ¿Y no podían los Estados Unidos escoger una mejor ocasión para hacer alarde de su dignidad? En el fondo, ahí no hay más que un negocio y un pasto de intervención vergonzante. Contra Méjico, no; porque costaría la campaña muchas vidas y muchos millones. Contra Huerta, sí; porque el pueblo mejicano, en cuya ignorancia se buscan las garantías del éxito, deje hacer á los invasores y se esté quietecito en su casa mientras le incendian el pajar.

Pero ¡quién sabe! Los mejicanos, en una estrofa de su himno á la patria, dicen que Dios le ha dado á Méjico un soldado en cada uno de sus hijos. Una reacción del patriotismo indígena podría costarle á Washington un serio disgusto.

La lástima es que España tenga sin defensa, en medio de la hoguera, grandes intereses y vidas preciosas.

JOSÉ ESCOFET

Cotidianas

Entre las infinitas leyes promulgadas en España, para que sean escarnecidas, figura la llamada de propiedad intelectual. Los productos intelectuales no merecen ninguna clase de protección. Trátase de una patente de papel de fumar ó de galletas para postres y sería muy distinto.

No hemos de hablar de lo que ocurre con este periódico. A pesar del aviso, en negritas, de la página central, los artículos de LA VANGUARDIA son el alimento cotidiano de gran número de periódicos, lo mismo de Madrid que de provincias, pero guardándose bien de citar la procedencia y lo mismo, si no es para darse pisto, el nombre del autor. Y nosotros, sin chistar, diferenciándonos en ello de un colega madrileño que amenaza en su número de ayer con llevar á los tribunales á los admiradores que le copian sus trabajos sin decir de donde los reproducen.

Pues igual sucede con otras publicaciones, por ejemplo, Hojas Selectas, en la cual colabora el modesto autor de estas líneas. Parece que sus artículos deben ser, aunque inmerecidamente, del agrado de otras revistas, madrileñas, y con asombro acabamos de ver, en una de ellas, perteneciente al mundo militar, y decenal, uno de los estudios que sobre las divisas de las distintas naciones, publica el *infrascrito*, con su nombre y apellido, pero es el caso que se come la firma, altera el título y no dice palabra de la publicación de donde se anexiona dicho trabajo, y esto es ya abusar.

La propiedad intelectual es tan sagrada como la propiedad industrial, la propiedad rústica, la urbana y la mobiliaria. De igual manera que se castiga la apropiación de un panecillo, de una cartera con valores ó de un racimo de uvas contra la voluntad de su dueño debe castigarse el afanamiento de un artículo, de un estudio histórico, de una reseña de cualquier clase y aun de una simple cuarteta, pero no sucede así, y en punto á propiedad intelectual, como si no existiera.

Esto revela una incultura, un desprecio al trabajo mental y á los intereses del autor, ó del editor, que no tiene nombre. Claro que semejantes apropiaciones honran mucho á los periódicos y revistas que son víctimas de tal *afanamiento*, pero tengan presente los que tal hacen que así como ningún tahonero pasa por que se le anexionen los panecillos, tampoco ha de hacerles mucha gracia á los editores, empresas y autores que se les incauten, sin contarles siquiera, de los artículos.

CUALQUIERA

DEL AMBIENTE

REVISIONES

II

Este libro que tengo á mano no llega á libro: son unos datos estadísticos. No hay en él pesimismo ni optimismo ni filosofías hondas: apenas hay otra cosa que números.

Dicenme estos números que España, no obstante su enorme emigración, ha aumentado en varios millones de habitantes: tenemos sesenta y pico de villas y ciudades de más de veinte mil almas. Barcelona, Madrid, Bilbao, Valencia, Murcia, Cartagena, Zaragoza, Sevilla, Gijón, Avilés, Linares, Jerez y otras que sería largo de contar han crecido en proporciones que parecen fantásticas. A los quince años de

haber perdido nuestras colonias, exportamos muchos millones más que antes de perderlas; nuestros valores públicos se han rehecho más pronto que los de ninguna otra nación en caso análogo. En el extranjero estos valores son codiciados. Nuestras líneas de ferrocarriles acrecen su tráfico en proporciones formidables y han asentado su crédito: en 1911 sus ingresos aumentaron en ocho millones sobre los de 1910 y en el primer semestre de 1912 habían aumentado en diez y ocho millones más. El tráfico de ferrocarriles es uno de los mejores barómetros económicos. Hay en España una riqueza mobiliaria tan formidable que actualmente tiene empleados más de 700 millones en valores extranjeros, la mayor parte americanos. En nuestros Bancos (nacional y locales) muchos de ellos modelo de solidez, existen depósitos por valor de más de tres mil millones de pesetas y cuentas corrientes por muchos centenares de millones. Las existencias en cajas de ahorros, desde 1900 á 1912 subieron de 188 millones á 526 millones. Según los últimos trabajos estadísticos, la producción agrícola de España asciende á más de tres mil millones de pesetas: en el espacio de seis ó siete años se han plantado 125.000 hectáreas de olivos. El comercio exterior y el de cabotaje han aumentado también en cantidades enormes, lo mismo que la producción industrial.

Como se ve, lentamente, penosamente quizá, á espaldas de la política, á espaldas sobre todo de la crítica y la literatura, tal vez, desdichadamente, no sólo á espaldas, sino á pesar de la Administración del Estado, España está haciendo su camino. La riqueza, que al fin es causa de todo poder y de todo progreso—incluso el científico—de un país, adelante, se rehace. Tal vez hay regiones ó reinos que se despueblan y empobrecen; pero lo demás de España se levanta y este resurgi-

otros pueblos que echaron á andar más pronto!

El buen pueblo sabe que en España, como en casi todos los Estados, hay regiones pobres y abandonadas y conoce lo enorme de la emigración de sus habitantes. ¡La emigración! Este es el gran argumento sobre nuestra incapacidad y nuestra decadencia definitiva. ¿Saben realmente lo que esa emigración significa, saben de veras cuál es á la postre su resultado? De esas mismas estadísticas que tengo á mano, se deduce un dato elocuentísimo. Los emigrados españoles remiten anualmente á la patria treinta millones de pesetas. Yo no sé que haya una industria nacional que arroje un beneficio neto tan formidable.

Se van muchos españoles. Es lamentable que se vayan si se van acosados por la miseria y han de encontrarla luego allí; pero también se iban—y todavía se van—los italianos y los alemanes impulsados por el hambre—también por el hambre—y por la ambición. Esos emigrados han contribuido quizá más que los que se quedaron al asombroso resurgir de Alemania, y al considerable renacimiento de Italia, y quedaron todavía los suficientes para hacer poderosa y temida á la patria. En España ocurre algo parecido, aunque más ignorado y tal vez más sólido que lo que hicieron alemanes é italianos; porque éstos han ido á fundirse y dar su savia y su esfuerzo á tierras que no son ni serán jamás suyas, mientras que la emigración española se ha dirigido á países que son alma de su alma: no han salido de su patria y esto se está viendo y se verá más claro en lo por venir.

Me hallaba yo en Roma hace años, caí torce hará ya, y entré en la colosal basílica de San Pedro. Todo el mundo conocía ó ha oído hablar de los confesionarios destinados á confesar en diferentes lenguas:



FRANCIA.— M. Aillières, contrincante de M. Caillaux en las elecciones, saludado por una niña que le ofrece flores

miento tenemos que estimularlo y para ello hemos de conocerlo. Ya lo dará á conocer la juventud que se prepara en mejores condiciones y con más disciplina científica que las generaciones de ayer y anteayer; pero, entre tanto, los que todavía no hemos sido substituidos, levátemos el corazón: en la sombra, sin ruido, se está constituyendo una España culta, rica y fecunda. Todas las mañanas, el buen pueblo—y al decir el buen pueblo me refiero al pueblo trabajador é inteligente, no á la masa de los que trabajan sin saber en cierto modo por qué, ni á los que no trabajan de ninguna manera—todas las mañanas, digo, toma su periódico y le da una rápida ojeada, se entera de lo que cuenta el papel y cree de ello lo que bien le parece, lee el artículo ó los artículos políticos y literarios y juzga de ellos y unas veces aprueba y otras no. Juzga porque puede juzgar, ya que en muchísimos casos su criterio es más fino y penetrante que el de los articulistas. A veces se rie de los que pretenden dirigirle, y luego sigue su camino. El periódico se queda allí olvidado, en la mesa del comedor, mientras él trabaja y adelanta y construye y perfecciona la ciencia, el arte y la riqueza de su país. ¡Cuántos periódicos se están muriendo, cuántos escritores están pasando, cuántos políticos envejeciendo en plena juventud por ignorar esto mismo, por quedarse atascados en un mismo punto, mientras la colectividad que pretenden enseñar ó dirigir camina por otro lado y el pueblo incomprensido no vuelve la cara siquiera! ¡Cuántos otros se están malogrando por andar disparados por rumbos y hacia esferas de que están regresando ya, con cansancio y fastidio.

*lingua hispanica, lingua germanica, lingua gallica...* Junto al confesionario español se agrupaban señoras y caballeros. Recuerdo que una pobre anciana, de Avila, estaba sentada en el suelo: había ido á pie desde Avila á Roma. Enérgica y fuerte representación de la fe española. Me dirigí á una de aquellas damas y con la esperanza del placer que da el oír la lengua propia en tierra extraña, les pregunté: «¿Son ustedes españoles?—Sí, señor—me contestó muy complacida, y pintándosele la alegría en los ojos; y luego con un tono de voz que me pareció un poco velado por una sombra de tristeza, rectificó: «Es decir, americanos». Esta rectificación fue obra del raciocinio; pero la afirmación espontánea y sincera, aquel «sí, señor» tan amable y regocijado, salió del corazón. ¿En qué pueblo, salvo el inglés, podrá decirse otro tanto? No os duela que se vayan los españoles, si, como véis, han de ir á ensanchar el alma y el corazón de España en las tierras hijas suyas y han de enriquecer al mismo tiempo á la patria.

Revisemos: está bien; pero cuidemos de no hacerlo á través de cristales con vicios de refracción; no circunscribamos el examen á una región ó á una comarca, á una manifestación del genio sin abarcar las demás. Este es el único medio de aquilatar con justicia lo pasado y lo presente. Hagamos la revisión; pero cuidando de no llevarla á cabo friamente, como enterrando en hielo el cuerpo paciente, pues parecerá que le helamos, no para envolverlo en un anestésico, sino en un sudario.

ANGEL RUIZ Y PABLO